



Monseñor PEDRO PASCUAL FARFAN

*Arzobispo de Lima, Primado del Perú,
Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú
1870—1945*

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo XIII

Lima, Setiembre-Octubre de 1945

Número 6-7

MONSEÑOR PEDRO PASCUAL FARFÁN

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

Una enfermedad que seguramente venía minando desde hacía mucho tiempo su organismo, pero que hizo inesperada crisis en unos cuantos días, ha privado a nuestra patria de una de sus más egregias figuras: Monseñor Pedro Pascual Farfán, el Arzobispo de Lima, se ha alejado de nosotros para siempre. La *Revista de la Universidad Católica del Perú* rinde en estas páginas su doloroso homenaje a quien, jerárquica y espiritualmente, estaba tan íntimamente vinculado a nuestra institución.

Pedro Pascual Farfán, hijo de don Máximo Farfán de los Godos y de doña Antonia Pascual de Farfán, nació en el Cuzco el 23 de octubre de 1870. Huérfano de padre a los 4 años, se orientó muy temprano hacia el sacerdocio. Ingresado al Seminario de su ciudad natal, vistió el traje talar a los 16 años, ordenándose de sacerdote el 29 de diciembre de 1893. Desde el principio de su vida sacerdotal se le confiaron cátedras en el propio Seminario en que se había formado. A poco de encargársele la Parroquia de Belén en el Cuzco, tuvo que dejarla por haber sido nombrado Vice-Rector del Seminario. También desempeñó los cargos de Promotor de Justicia, Maestro de Ceremonias y Canónigo de la Catedral.

De esta época de su vida datan sus obras: *Glorias del Seminario*, *Vida de la Santísima Virgen María*, *Vida de Juan Rodríguez de Rivera* (Rector del Seminario, muerto en olor de santidad), etc.

En 1907 fue preconizado Obispo de Huaraz, en circunstancias que es interesante recordar.

El Presidente de la República, don José Pardo, hizo un viaje al Sur de la República, llegando hasta el Cuzco. Recibido con los honores que le correspondían, se cantó un Te Deum en la Catedral con asistencia del Jefe del Estado, su comitiva, y todo cuanto de notable había en la ciudad y en el cual, por designación del Obispo, pronunció la oración gratulatoria el Canónigo Señor Farfán. Debíó de estar particularmente feliz el orador sagrado, pues según parece causó una profunda impresión en el Presidente, quien lo mandó felicitar con su Secretario. Pocas horas después, según refirió él mismo en cierta ocasión a quien esto escribe, encontrándose el Sr. Farfán en su casa, fué visitado por un Edecán del Presidente de la República con el objeto de invitarle a comer para esa misma noche en el local de la Prefectura, donde se alojaba el Gobernante. La respuesta de Monseñor Farfán fué:

—Dígale usted al señor Presidente de la República que le agradezco mucho su atención, pero que no puedo ir a comer con él porque tengo que predicar a unas monjas en cuyo convento estoy haciendo una novena.

Otro clérigo, amigo suyo, que estaba de visita en su casa, intervino en el diálogo en esta forma:

—¡No seas bárbaro! ¡Cómo vas a contestar eso! Una invitación del Presidente de la República es cosa que no se puede declinar: vete a la comida, que yo predicaré en la novena.

Y Monseñor Farfán asistió esa noche a la comida presidencial, siendo muy cariñosamente festejado, con sus maneras de gran señor, por el Presidente Pardo.

En aquella época regía el absurdo sistema, recientemente abolido, de ser los Obispos electos por el Congreso de entre unas ternas presentadas por el Presidente de la República; y habiendo vacado el Obispado de Huaraz, don José Pardo envió al Congreso unas ternas el primer lugar de las cuales ocupaba el Canónigo del Cuzco don Pedro Pascual Farfán, de quien se había formado tan alto concepto. Además, esta presentación en lugar preferente estaba acompañada por una eficaz presión gubernamental, y el señor Farfán fue elegido. El 15 de diciembre del propio año fué consagrado Obispo en la Iglesia de Santo Domingo, de Lima.

La Diócesis de Huaraz ha tenido fama de ser una de las diócesis de gobierno más espinoso, entre todas las del Perú, por ser en ella muy escaso el clero y por reinar en aquel entonces, según se decía, poca unión entre sus miembros. Sin embargo, Monseñor Farfán la gobernó con el mejor de los éxitos durante 11 años. Fundó el Convento de San Jerónimo, de Padres Descalzos; los templos de San Francisco y San Jerónimo de Huaripampa, y la Parroquia de Belén, en Huaraz. Administró el inmenso número de 150 mil confirmaciones, celebró el primer Sínodo Diocesano en Huaraz, y visitó la diócesis en toda su extensión.

Tanto se encariñó Monseñor Farfán con Huaraz y los huaracinos, que lloró amargamente cuando tuvo que dejarlos por haber sido promovido al Obispado del Cuzco. El sacerdote que no derramó lágrimas cuando dejó su tierra para ocupar su primer Obispado, y que no había de derramarlas tampoco cuando volviera a dejarla para ser Arzobispo de Lima, no pudo contenerlas cuando hubo de apartarse de su primera diócesis.

Esto era en 1918. Vacó la Sede Episcopal del Cuzco, siendo otra vez Presidente del Perú don José Pardo, que tan bien conocía y tanto estimaba al Obispo cuzqueño de Huaraz. Esa circunstancia, unida al deseo de los hijos del Cuzco de ver su Diócesis regida por su ilustre paisano, y el imperativo de justicia de otorgar un ascenso al excelente Obispo de Huaraz, hicieron que el Gobierno le propusiera en el primer lugar en las ternas enviadas al Congreso para la elección de Obispo del Cuzco, y que el Parlamento lo eligiera por abrumadora votación para ser presentado a la Santa Sede. Acogida la presentación por Su Santidad Benedicto XV, Monseñor Farfán fue uno de los grandes Obispos del Cuzco. Promovió la reunión de dos Sínodos o Concilios Diocesanos y de un Congreso de Acción Social que se realizó en 1921. En 1922 celebró sus Bodas de Plata Episcopales. La Municipalidad del Cuzco le otorgó el título de Hijo Ilustre de la ciudad. Durante el Pontificado de Pío XI, realizó la visita *Ad Limina*. De vuelta de Europa, organizó el Primer Congreso Eucarístico Diocesano en 1928, que fué en realidad el Primer Congreso Eucarístico que se realizó en el Perú. Durante el Episcopado de Monseñor Farfán, la Iglesia Catedral del Cuzco fue elevada al rango de Basílica por S. S. Pío XI, y el Obispo fué honrado con los títulos de Pre-

lado Doméstico de Su Santidad y Asistente al Solio Pontificio (1932).

En 1933, vacante el Arzobispado de Lima, el Congreso eligió para ocuparlo a Monseñor Farfán, que era sin disputa, con el entonces Obispo de Arequipa, Monseñor Holguín, una de las dos figuras más ilustres del Episcopado Peruano.

El Gobierno lo presentó a la Santa Sede, y S. S. el Papa Pío XI le nombró Arzobispo de Lima. Monseñor Farfán no olvidaba nunca cuán honroso era para él ser sucesor de Santo Toribio de Mogrovejo.

Después de promulgar los Decretos del VIII Concilio Provincial Limense, convocó el XIV Sínodo Arquidiocesano; y en 1935 realizó su acariciada ilusión de celebrar un Congreso Eucarístico Nacional, cuyo éxito inolvidable, extraordinario, será siempre recordado no sólo en la historia religiosa sino en la historia espiritual del Perú.

Terminado el Congreso Eucarístico, se celebró la Asamblea Episcopal con asistencia de todos los preladados de la Iglesia peruana, y que tomó importantes acuerdos.

Por aquella época se había iniciado ya en nuestro país, principalmente en la capital, un movimiento incipiente de Acción Católica. La primera en fundarse había sido la rama de mujeres, la cual después de varios años de actividad propició la organización de la juventud femenina, que tan brillantes resultados estaba llamada a producir y que inició sus trabajos en 1934. Existía también un vibrante pequeño grupo de juventud masculina. Pero toda esta fuerza carecía de unidad, de una verdadera orientación, y sobre todo, de carácter oficial. La Asamblea Episcopal de 1935 implantó oficialmente la Acción Católica Peruana y nombró a título personal a Monseñor Pedro Pascual Farfán, Director Eclesiástico Nacional. El primer Presidente Seglar de la Junta Nacional fué el Dr. César Arróspide.

Monseñor Farfán amó profundamente a la Acción Católica, le dedicó sus desvelos y sus energías, gozó con sus conquistas, sufrió con sus dificultades, y en todo momento fué para los militantes de ella, un animador infatigable y optimista, un confidente comprensivo y lleno de indulgencia, un consejero estimulante y paternal.

En 1938, reunida en Lima una nueva Asamblea Episcopal, el autor de esta breve semblanza fue llamado al Palacio Arzobispal por orden de Monseñor Farfán, con quienes apenas si había tenido antes alguna ligerísima y circunstancial relación momentánea, y quien le comunicó la decisión del Episcopado de nombrarle Presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Peruana. Obediente a la voluntad de los prelados — después de mucho vacilar ante la enormidad de la tarea —, el modesto seglar inició con el gran prelado una relación que en breves días adquirió la mayor intimidad, y a la que sólo la muerte había de poner fin.

En 1943, la Santa Sede elevó a la categoría de Arzobispados los Obispos de Arequipa, el Cuzco y Trujillo, y otorgó al Arzobispo de Lima el rango honorífico de Primado del Perú, nombrándolo además Vicario General Castrense de las fuerzas armadas.

Al erigir canónicamente S. S. el Papa Pío XII a la Universidad Católica del Perú en Universidad Pontificia, otorgó al Arzobispo de Lima pro tempore, el título de Gran Canciller de nuestra institución.

En los primeros días de 1944, exactamente el 6 de enero, fueron solemnemente celebradas las Bodas de Oro Sacerdotales de Monseñor Farfán, recordándose que el 6 de enero de 1894 había cantado en el Cuzco su primera Misa. Con este motivo todo cuanto hay en Lima y aun en el Perú de visible y de notable, le tributó un rendido homenaje.

Monseñor Farfán asistió, en su carácter de Arzobispo de Lima, al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, así como al Congreso Eucarístico Nacional de Colombia que se realizó en la ciudad de Medellín. Tanto en una como en otra oportunidad, tuvo una actuación lucida en la que puso de manifiesto sus condiciones de excelente orador sagrado, su sencillez y su cordialidad.

Las graves tareas y las tremendas dificultades del gobierno arquidiocesano eran profundamente sentidas por Monseñor Farfán. En cierta ocasión, advirtiendo una expresión de tristeza y de sufrimiento en una persona de su intimidad, le preguntó:

—¿Qué tiene usted, que lo veo abatido?

Y como el interpelado le contestara:

—Sí, señor, estoy muy triste —, Monseñor Farfán replicó:

—¿Y es posible que esté usted triste sin ser Arzobispo?

Como todo buen prelado, se preocupaba mucho por el progreso del Seminario y por estimular las vocaciones sacerdotales; pero al propio tiempo que quería ver muchos sacerdotes, era inflexible en exigir la selección del clero. Una vez, le visitó un religioso que iba con el fin de hablarle del deseo de un joven de ingresar al Seminario. Le elogiaba la piedad, la virtud y la inteligencia del aspirante, referencias que Monseñor Farfán escuchaba embelesado. Mas de pronto el religioso le dijo:

—Desgraciadamente, este joven no es hijo legítimo, y me ha pedido que le ruege a Su Excelencia otorgarle la dispensa respectiva, teniendo en cuenta que...

El Arzobispo le interrumpió poniendo dulcemente su mano sobre la mano del sacerdote y diciéndole:

—No continúe, Padre. Es inútil.

Al mismo tiempo que se esforzaba infatigable por el progreso del Seminario, seguía con cariñoso interés los empeños de las órdenes religiosas por atraer jóvenes a sus noviciados y casas de formación, sin pensar jamás que con ello se restaban vocaciones para el clero secular, porque sabía bien, de un lado, que el fomento de las vocaciones sacerdotales en todos sus aspectos y direcciones, tiende a crear en el país un estado de espíritu que inclinará a un número cada vez mayor de jóvenes hacia la vida religiosa, sea dentro del clero secular o dentro del regular; y de otro lado, que la vocación religiosa tiene un carácter específico, de modo que unos han nacido para párrocos, otros para misioneros, otros para militar en una congregación docente, etc. De todo esto resulta que las diversas direcciones en que se realiza la campaña en pró de las vocaciones sacerdotales, lejos de perjudicarse la una a la otra, se ayudan mutuamente.

Tenía nuestro insigne Arzobispo la profunda comprensión de este punto, como lo prueba la siguiente anécdota, absolutamente verídica. En una ocasión, viendo llegar al Palacio Arzobispal al Superior de una Orden, creyó que era a él a quien buscaba; y cuando el religioso le manifestó que iba simplemente a entregar una limosna a nombre de su Comunidad para la construcción del local del Seminario, Monseñor Farfán le dijo con gran cordialidad:

—No, Padre. Ustedes no tienen obligación de contribuir a esta obra: el noviciado de ustedes es también mi Seminario.

Estas palabras revelan la exacta comprensión de lo que significan, para un país y para una Iglesia Nacional, los noviciados de las órdenes religiosas.

Monseñor Farfán tenía, al decir de los entendidos, la vasta cultura teológica digna de un Prelado. Los estantes de su Despacho, en el Palacio Arzobispal, estaban llenos de libros de teología clásica.

Sin embargo, no hablaba ningún idioma extranjero, y a este respecto no estará fuera de lugar el relatar la aguda respuesta que dió a un diplomático extranjero muy fino, muy distinguido, extraordinariamente simpático, pero que incurriendo en una completa falta de tacto, le preguntó en un banquete en que estaban ambos sentados lado a lado:

—¿Su Excelencia habla inglés?

—No, señor Embajador, no hablo inglés — respondió con sencillez el Arzobispo.

—¿Y su Excelencia habla francés?

—No, tampoco.

—¿Alemán?

—¡Oh! Eso, mucho menos, dijo sonriente.

—Pero entonces Su Excelencia, que ha estado en Roma, hablará el italiano. . .

—Tampoco, señor Embajador; porque mi permanencia en Italia fue de pocas semanas. Lo único que sé es latín, quechua y un poco de español — contestó con dulce ironía el Arzobispo.

Monseñor Farfán era un excelente orador sagrado. Algunos de sus discursos eran realmente notables; y en particular los de carácter homilético, llegaban a ser en ocasiones verdaderas obras maestras. En las grandes concentraciones eucarísticas de los universitarios o de los militantes de la Acción Católica, en las comuniones infantiles, en algunas ceremonias patrióticas, en los Congresos Eucarísticos, rayaba a una altura realmente egregia. En el Congreso Eucarístico de Arequipa, en 1940, ocurrió algo que sin duda recuerdan muchos de los que tuvieron la suerte de asistir a él. Monseñor Farfán debía decir el discurso principal en una de

las concentraciones vespertinas. Tratándose de una oración de tan singular relieve, el prelado pensó leer su discurso; pero la ceremonia resultó más larga de lo que se había pensado, hubo acaso alguna demora en principiar, lo cierto es que cayó la tarde, y a la hora del discurso de Monseñor Farfán había ya muy poca luz — a pesar de que se estaba en Arequipa, que parece ser la tierra de la luz! —, y ni el excelente alumbrado instalado en el Campo Eucarístico bastó para que Monseñor Farfán, que tenía la vista cansada de un hombre de edad, pudiera leer su discurso. Y entonces, renunciando a ello, y prescindiendo de lo que tenía escrito, improvisó una excelente pieza oratoria, acaso una de las mejores de su larga carrera.

El Sr. Farfán era un hombre de una gran dulzura de carácter, de una profunda humildad, y por otra parte tenía una enorme dosis de humorismo, de ironía y de perspicacia. Elevado al Episcopado en plena juventud, había pasado muchos lustros empuñando el cayado de pastor. Recordando esta circunstancia, decía en cierta ocasión a uno de sus íntimos: —Más de la mitad de mi vida me la he pasado como Obispo!

Sus pastorales respiraban una profunda unción, y las escribía él mismo de su puño y letra, con lápiz, en un block de papel de carta. El autor de estas líneas lo encontró más de una vez en su despacho, ocupado en la redacción de tales documentos. Sólo en contados casos, cuando había de tratar asuntos muy especiales, llamaba a algún sacerdote que tuviera en ese punto una particular competencia, y le encargaba de presentarle un memorandum que luego utilizaba en la redacción de la pastoral.

Monseñor Farfán tenía como el que más, las altas virtudes de los Obispos peruanos: la unción, la piedad, la nobleza y rectitud de la intención, la profunda y afectuosa caridad para sus compañeros de Episcopado. Cuando se presentaba alguna competencia de jurisdicción o dificultad análoga, de aquellas que es absolutamente inevitable que surjan entre hombres que tienen a su cargo funciones paralelas, había que ver con qué prudencia, con qué tino, con qué medida planteaba la cuestión, y cuando había de ser resuelta por el Vaticano, con qué serena confianza esperaba la decisión de Roma, y con qué simplicidad y disciplina la acataba. Quien fué

honrado mil veces por sus confidencias, pudo aquilatar mejor que nadie este aspecto de su alma.

Verdadero Pastor, Monseñor Farfán amaba profundamente a su grey; y anhelaba mucho que ésta le amase. Un amigo a quien él honraba con sus más íntimas confidencias, oyó un día de sus labios esta noble declaración:

—A mí me preocupa mucho pensar esto: ¿me querrán verdaderamente mis hijos como yo los quiero a ellos?

La muerte del prelado cuya separación lloramos, ha sido digna de su vida.

Sintiéndose indispuerto, mandó llamar a su médico, quien ordenó que se le llevase a una clínica. Internado en el Hospital Arzobispo Loayza, cuyo nombre recuerda el del primer Arzobispo de Lima, los médicos no dieron ninguna esperanza de que pudiera restablecerse. Sus fuerzas decaían día por día, casi hora por hora. El Nuncio Apostólico, Monseñor Cento, que le visitaba diariamente, le insinuó la conveniencia de recibir los Sacramentos. El Arzobispo le contestó:

—¿Por supuesto! ¿Cuándo?

—Podría ser esta misma tarde. . . .

Comprendiendo por la premura la gravedad de su estado, Monseñor Farfán cerró los ojos en silencio. Pero reponiéndose de esta primera impresión, en que se había manifestado como en cualquier hombre el instinto vital, respondió en latín con las palabras del Salmista:

—*Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* (Me alegro de lo que se me ha dicho: que iremos a la Casa del Señor).¹

En la tarde de ese día, en una impresionante ceremonia a la que asistieron varios prelados, representantes del clero y de las órdenes religiosas, muchos elementos de la Acción Católica y amigos personales del enfermo, el representante de Su Santidad administró el Viático e impuso la Extramaunción al Arzobispo de Lima, cuya vida se apagó dulcemente en la mañana del 17 de setiembre.

Cuando se escriba, en el futuro, la historia de la Iglesia peruana, Monseñor Pedro Pascual Farfán, figurará en ella como el

¹ Ps. CXXI, 1.

prelado de los primeros congresos eucarísticos, como el fundador de la Acción Católica Peruana, y como el primer Arzobispo de Lima que ostentó los títulos de Primado del Perú, Vicario General Castrense de las Fuerzas Armadas, y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica. A cuantos le conocieron supo inspirar amor y respeto; aunque acaso no apareció a sus ojos, por falta de perspectiva, como aparecerá cuando se haya alejado en el tiempo: como uno de los más insignes prelados que hayan ocupado la Silla que ilustró Santo Toribio.

Cristóbal de LOSADA y PUGA.